

ESTUDIOS

LA LUCHA DE CLASES Y LA ENCICLICA RERUM NOVARUM *

LOS ESQUEMAS PREPARATORIOS DE LA R. N.

Mons. G. Antonazzi ha publicado recientemente el texto auténtico¹ de la encíclica R. N. y sus redacciones preparatorias, a base de los documentos originales descubiertos por el Card. Tardini en los archivos de la Secretaría de Estado. Habiéndonos de servir de tales esquemas, los reseñaremos brevemente.

a) *Primer esquema italiano del P. Matteo Liberatore S. J.*

El P. M. Liberatore, nació en Salerno el 14 de agosto de 1810 y murió en Roma el 18 de octubre de 1892². Redactó el primer esquema de la R. N. por encargo de León XIII en italiano, titulándolo *La Questione operaria*. Mons. Antonazzi lo califica de breve, indicando que no llega a desarrollar suficientemente algunos puntos importantes de una cuestión tan amplia y grave, pero señalando al mismo tiempo que toca sustancialmente todos los capítulos de la futura encíclica³.

b) *Segundo esquema italiano del Cardenal Zigliara O. P.⁴*

Nació el Card. Tommaso Zigliara, en la isla de Córcega el 29 de octubre de 1833, muriendo en Roma el 10 de mayo de 1893. Entregado como el P. Liberatore a los estudios filosóficos y sociales, recibió de León XIII un encargo semejante al del jesuita. Mons. Volpini inició su redacción latina, suspendiéndola más tarde «por orden superior». Evidentemente, comenta Mons. Antonazzi, León XIII no estaba aún satisfecho. El texto, doctrinalmente profundo, parecía prolijo y menos adaptado a las exigencias concretas y a los problemas de orden práctico que se agitaban entonces⁵.

c) *Tercer esquema italiano.*

No es propiamente un nuevo esquema, sino una revisión del texto de Zigliara a cargo del P. Liberatore y del Card. Mazzella, también jesuita, (1833-1900).

* Con la debida autorización del autor, ofrecemos una reducción de su completo e interesante trabajo sobre el tema. Sirva también como homenaje a León XIII, en el 70.º aniversario de la R. N.

¹ Cfr.: Bibliografía.

² ANTONAZZI, *L'enciclica Rerum Novarum...* p. 13.

³ ANTONAZZI, *Op. cit.*, p. 14, texto del P. Liberatore: pp. 39-50.

⁴ ANTONAZZI, *Op. cit.*, p. 14, nota, 5.

⁵ ANTONAZZI, *Op. cit.*, pp. 17, texto del Card. Zigliara: pp.53-75.

d) *Primer esquema latino: «Causa est».*

Es la traducción del «schema del Card. Zigliara riformato dal Card. Mazzella e dal P. Liberatore collatis consiliis».

e) *Segundo esquema latino: «Excitata semel».*

Presenta bastantes variantes conforme al anterior texto latino y, salvo pequeñas modificaciones, puede considerarse como definitivo. El trabajo fue obra del infatigable Mons. Boccali (1843-1892), otro de los valiosos y abnegados secretarios de León XIII⁶.

f) *Tercer esquema latino: «Rerum Novarum».*

Constituye el texto definitivo que, en comparación de los anteriores, se presenta mucho más elaborado y cuidado. Aún antes de su publicación definitiva en las Actas de León XIII (Acta Leonis XIII, XI, 97-144), sufrió pequeños retoques indicadores claramente de la importancia excepcional que el Papa le atribuía⁷.

OTROS PRECEDENTES DE LA R. N.

Si Mons. Antonazzi nos ha revelado con precisión histórica las fuentes inmediatas de la encíclica, no por ello ha de afirmarse que éstas son las únicas. Veggian nos dice que los detalles tocantes a las influencias que la Unión de Friburgo tuvo en la preparación de la R. N. los ha conocido por documentos impresos pero no publicados⁸.

El Card. Mermillod, alma de Unión de Friburgo, fue llamado poco más tarde a Roma, donde tuvo un contacto más directo con León XIII, aconsejándole en los graves problemas sociales que el final del siglo XIX presentaba⁹.

En este rápido bosquejo de los precedentes de la encíclica debe figurar también el nombre de Mons. Ketteler, que el mismo León XIII llamó su «gran predecesor»¹⁰. Tendremos ocasión de señalar algunos párrafos de la obra de este insigne obispo alemán que encuentran eco profundo en la doctrina de la R. N.

II. LA LUCHA DE CLASES EN EL SIGLO XIX

I. CLASES SOCIALES

Nos basta precisar, sin discutirlo, un concepto de clase social que pueda servirnos de base a las posteriores consideraciones sobre la misma. Tal, por el momento, la descripción que de clase social nos da la *Encyclopaedia of social sciences* británica: «Clases, en las modernas sociedades, son aquellos grupos de individuos que a causa de un origen semejante, una semejanza de ocupación, riqueza y educación han llegado a tener un modo semejante, de vida, un fondo común de ideas, sentimientos, actitudes y formas de conductas y en los que, sobre la base de alguno de estos fundamentos, todos

⁶ ANTONAZZI, p. 9.

⁷ ANTONAZZI, pp. 32-33.

⁸ T. VEGGIAN, *Il movimento sociale cristiano*, p. 302.

⁹ Cfr.: C. MASSARD, *L'Oeuvre sociale du Cardinal Mermillod*.

¹⁰ Cfr.: E. DE GIRARD, *Ketteler et la question ouvriere*.

se encuentran en iguales condiciones y se consideran a sí mismo, aun con distintos grupos de explicitación, como pertenecientes al mismo grupo»¹¹.

La existencia de clases sociales se presenta bajo una doble perspectiva: la clase social como hecho histórico y como fenómeno psicológico¹².

La clase como hecho histórico-social se traduce en una diferencia real, objetiva, de los individuos dentro de la sociedad. El primer elemento determinante de la estratificación social es de carácter netamente económico¹³. De él derivan otros muchos, como la educación, el matrimonio, las costumbres, el lenguaje, etc., sin incurrir por ello en extravíos deterministas. León XIII dará una explicación teológica y social de estas diferencias en el seno de la sociedad.

La clase social se presenta como un fenómeno psicológico en el momento en que uno de estos grupos objetivamente diferenciados toma conciencia de su unicidad y de su unidad. A la separación objetiva con respecto a los otros grupos de la sociedad se une ahora la separación subjetiva.

La separación psicológica de las clases sociales no es de una permanencia tan absoluta como la separación económica. La intensidad de la conciencia de clases depende, en efecto, de muchos factores, el primero de los cuales sería el de una tradición que encuadrase experiencias comunes y condujese a comunes aspiraciones. Por ello es cosa clara que un espíritu consciente de cuerpo se desarrollará primero entre las clases superiores, cuya solidaridad de intereses es algo más obvio y que heredan, además, una tradición más recia de compartimentos sociales rígidos¹⁴.

La lucha de clases tiene gran importancia para promover esta «conciencia de clase» que acabamos de señalar. Hay aquí algo de círculo vicioso: porque si la lucha de clases promueve la conciencia del grupo, ésta, a su vez, es condición de la lucha de clases. La consideración posterior de algunos determinantes históricos aclarará esta interacción. Pero es claro que la conciencia de clase surge, a menudo, de la necesidad de defenderse contra un enemigo común, imaginario o real, especialmente cuando este enemigo es otro grupo consciente ya de sí mismo, constituido como tal¹⁵.

Estos momentos de antagonismo social, que son la lucha de clases, ponen al descubierto, abultándolas, las diferencias que existen entre las clases y sirven para intentar un nuevo equilibrio en la sociedad¹⁶.

¹¹ *Encyclopaedia of the social sciences*, vol. III, p. 536.

¹² Cfr.: F. HENRY, *L'évolution historique des classes*, en *Semaines sociales de France*, XXXI Session, p. 115.

¹³ *Encyclopaedia of the social sciences*, vol. III, p. 537; MAX WEBER, «Class, estatus, Party», en R. Bendix y S. M. Lipset, *Class, Status and Power*, «The Free Press, Glencoe», Illinois, 1953, p. 65.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ F. HENRY, *Op. cit.*, p. 123.

2. UNA CLASE NUEVA EN EL SIGLO XIX: EL PROLETARIADO INDUSTRIAL

Clase nueva por su amplitud y por la importancia que cobra, aunque viniera formándose ya bastante tiempo atrás. Algunos hacen remontar sus orígenes al fin de la Edad Media. La corrupción del régimen feudal da lugar a un «proletariado en potencia»¹⁷. Los antiguos vasallos formaron los ejércitos mercenarios de la Edad Moderna, cuya disolución favoreció las primeras aglomeraciones de proletarios a finales del siglo XVIII.

Nace así, primero como hecho histórico-social y más tarde como fenómeno psicológico —como arriba indicamos— el proletariado industrial. Es un acontecimiento paralelo a la formación del capitalismo, pero con cierta posterioridad en las etapas de su estructuración.

El proletario se diferencia notablemente del esclavo o del vasallo medieval. Técnicamente el proletariado viene definido como la «clase de los trabajadores que son legalmente y económicamente libres para disponer de su trabajo y que lo venden por un salario a un empresario capitalista por un determinado período de tiempo»¹⁸.

La nueva clase social del proletariado viene dada a luz por una serie de circunstancias históricas, que podemos dividir en dos grandes grupos: una revolución económica y una revolución ideológica, radicadas en los últimos decenios del siglo XVIII y floreciendo plenamente en la mitad del siglo XIX. La revolución económico-social es más visible, más inmediata. Está penetrada en sus raíces de una revolución ideológica. Luego, por reacción lógica y necesaria, surge la conciencia de la clase proletaria, determinada por la «enajenación» (Marx) sufrida. Y con el establecerse de las conciencias, frente a frente, surge la lucha de clases¹⁹.

A) *Revolución económica.*

a) *El «maquinismo».*

La revolución económica tiene sus orígenes en el desarrollo del comercio colonial inglés y francés a lo largo del siglo XVIII. Este provocó nuevas exigencias de producción. Surgió, la primera de todas, la industrialización de la producción textil. Esta fue la causa del adelanto en la industrialización de otros muchos ramos. Estaba en marcha la gran revolución²⁰.

b) *Las nuevas aglomeraciones.*

Las exigencias de la nueva industria absorbían toda la mano de obra disponible. La industria del carbón y del vapor concentra las fuerzas obre-

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Encyclopaedia of the social sciences*, p. 510 (vol. III); G. Briefs, y Zaniewski, coinciden en esta definición del proletariado.

¹⁹ F. HENRY, *Op. cit.*, pp. 126, ss.

²⁰ F. HENRY, *Op. cit.*, p. 124; cfr. LEFRANC, *Histoire du commerce*.

ras, mientras la de la electricidad permite su dispersión. Comienza el éxodo del campo a la ciudad. Se multiplica la población total, al crecer las fuentes de riqueza, su aprovechamiento, la revolución médica y sanitaria...

En el orden mundial, la población experimenta el siguiente ritmo:

En 1750	728 millones de habitantes
En 1800	906 » » »
En 1850	1.171 » » »
En 1900	1.608 » » » ²¹

En Europa la población de unos 140 millones de habitantes hacia 1750, llega a los 540 millones en el 1939.

En el orden local, como índice de las nuevas aglomeraciones industriales, bastarán algunos ejemplos:

Chicago, fundada en 1803, contaba 2.200.000 habitantes en 1910;

	1760	1885	1911
Manchester	30.000	400.000	714.000 habitantes
Liverpool... ..	40.000	550.000	746.000 » ²²

En Europa, en 1800, había 22 ciudades que superaban los 100.000 habitantes. Hacia fines del siglo, 140 ciudades superaban tal cantidad y 7 rebasaban el millón.

La población urbana, contenida en ciudades de más de 2.000 habitantes pasa:

	1851	1911
En Francia	del 25 %	al 42,2 %
En Gran Bretaña	del 70 %	al 78 %
En Alemania	del 35 %	al 60 %
En U. S. A.	del 10 %	al 46 %

Ahora bien, el crecimiento explosivo de estas poblaciones obedece precisamente a la aglomeración de los obreros en los nuevos barrios que circundan las zonas industriales. Pero tal aglomeración, al menos en sus principios, fue una causa de debilitación para los obreros en vez de constituir una fuerza. Erán agrupaciones sin cohesión alguna, improvisadas, hacinadas en medios insalubres, debilitantes física y moralmente. Las masas obreras, que constituían la nueva clase social, habían sido arrojadas al juego libre de las fuerzas económicas, regidas por principios liberales, esencialmente destructores de los débiles.

²¹ *Encyclopaedia Britannica*, vol. 18, p. 235; cfr. JARLOT, *Compendium Historiae*, vol. I, p. 70.

²² R. KOETHEN, *Op. cit.*, p. 41; cfr. JARLOT, *ibid.*, p. 71.

Lo que es un simple fenómeno urbano, a primera vista, tiene repercusiones más hondas en el terreno social, manifestándose en la *supresión de las antiguas corporaciones*. Aquí percibimos claramente las consecuencias del individualismo atomístico liberal, que marca profundamente el nacer de la nueva clase.

La ley Le Chapelier del 17 de junio de 1791, en Francia, y la ley Pitt de 1790, en Inglaterra, suprimen brusca y completamente las antiguas corporaciones de artesanos, que procuraba a sus miembros la estabilidad y la seguridad, junto con la protección de sus intereses comunes²³. Tales leyes proclaman la libertad de trabajo, de comercio y de industria.

Maquinismo, nuevas aglomeraciones, pobreza, desorganización moral y social, son eslabones de la misma cadena.

c) *La pobreza.*

Como el mismo De Mun apunta, más que pobreza debiéramos llamar «pauperismo» el estado precario de una multitud de obreros, reducidos de un día a otro a la miseria por las frecuentes modificaciones del mercado industrial²⁴.

Villeneuve, en su valioso estudio sobre la naturaleza y las causas del pauperismo en Europa, publicado en 1837, hace un interesante análisis estadístico y causal sobre la situación. He aquí la relación de indigentes y mendigos.

<i>Países</i>	<i>Indigentes</i>		<i>Mendigos</i>	
Inglaterra	1 cada	6 habitantes	1 cada	117 habitantes
Países Bajos	1 »	7 »	1 »	102 »
Suiza	1 »	10 »	1 »	150 »
Alemania	1 »	20 »	1 »	200 »
Francia	1 »	20 »	1 »	166 »
Austria... ..	1 »	25 »	1 »	200 »
Dinamarca... ..	1 »	25 »	1 »	250 »
Italia	1 »	25 »	1 »	126 »
Portugal	1 »	25 »	1 »	121 »
Suecia	1 »	25 »	1 »	243 »
España	1 »	25 »	1 »	154 »
Prusia	1 »	30 »	1 »	202 »
Turquía... ..	1 »	40 »	1 »	606 »
Rusia	1 »	100 »	1 »	1.000 »

El valor de una tal encuesta, dada la amplitud y los medios con que entonces se contaba, puede ofrecer algunos reparos en cuanto a la exactitud.

²³ GUY THOREL, *Chronologie du mouvement syndical ouvrier en France 1791-1946* París, Ed. du Temps. Présent, 1947, p. 13.

²⁴ *Ibid.*

pero admitiendo, *grosso modo*, tales datos, saltan a la vista las notables diferencias con el mundo de hoy: el orden de los países se ha invertido totalmente. Nos encontrábamos, en el momento de la encuesta citada, en el inicio de la industrialización, cuando los países netamente agrícolas ocupaban la cumbre del bienestar económico. Hoy, al final de este proceso de industrialización —en los comienzos de una nueva revolución industrial—, son los países agrícolas quienes llevan la peor parte. La diferencia es un índice notable de la evolución de la clase obrera que entonces nacía.

El mismo Villeneuve nos da una aguda visión de las causas que han provocado tal estado de cosas. «No creemos engañarnos, dice, avanzando que el pauperismo se desarrolla en todas partes en relación con la aglomeración y el acrecentamiento de la población obrera; en razón de la dirección dada a la industria y a la concentración de capitales y beneficios del trabajo; y, sobre todo, en función de la relajación de los principios morales y religiosos. Se habrá de encontrar más pobres allí donde las teorías de la civilización y de la economía política nacidas en Inglaterra hayan encontrado una aplicación más antigua y más amplia. Según una consecuencia natural se señalará un mayor número de pobres en los países manufactureros que en los países agrícolas, en los estados protestantes que en los católicos, en las regiones del norte más bien que en las meridionales...»²⁵. Sin duda que entre la publicación de la encuesta de Villeneuve (1837) y la publicación de la R. N. (1891), la condición social de los obreros se había modificado.

B) *Revolución ideológica.*

Los aspectos económicos-industriales y los aspectos ideológicos de esta gran revolución social que ocurre en los siglos XVIII y XIX son como el cuerpo y el alma del hombre: los componentes de una única realidad personal. El alma sostiene el cuerpo y se manifiesta a través del mismo. Las ideas filosóficas, los sentimientos religiosos que se filtran por Europa, y llegaban a estremecer el nuevo continente, se reflejaban en los progresos de la técnica, en los adelantos de la industria, en los modos de su organización, y, por todos estos medios, plasmaban la nueva clase social proletaria, que nacía precisamente como fruto de todas estas complicadas convulsiones.

Aunque entre todos los determinantes de este mundo ideal de finales del siglo XVIII y casi totalidad del XIX se da una profunda interacción, que se presenta como íntima unidad, destacamos algunas de estas direcciones, que son como idas-madres, cargadas con tendencia a la acción. Consideramos, como las más características, el racionalismo laico, el liberalismo optimista y el materialismo doctrinal.

²⁵ VILLENEUVE, *Economie Politique*... Liv. II, cap. 1.

3. LA LUCHA DE CLASES EN EL SIGLO XIX. EL SOCIALISMO

La lucha de clases que agitará el siglo XIX, especialmente en su segunda mitad, encuentra sus precedentes en la revolución francesa de 1789, cuando el «tercer estado» se alzó contra la monarquía.

Entre esa fecha y 1830 hay un largo período en el que cristaliza netamente la revolución industrial. Durante él los obreros viven sometidos a la influencia despiadada de los elementos anteriormente descritos y varios otros: laicismo, liberalismo, materialismo. Thorel apunta que nace entonces «una conciencia obrera», sin que aún podamos hablar de «conciencia de la clase obrera»²⁶. En cambio, la revolución francesa de 1830 puede significar el momento histórico de esta «conciencia de clase» que es factor necesario en una lucha abierta y declarada. De hecho, entre 1830 y 1840 puede señalarse en toda Europa la aparición de nueva fuerza, que algunos han considerado como «cuarto estado»²⁷.

El elemento aglutinante de los diversos elementos que forman la «conciencia de la clase obrera» es por entonces la doctrina socialista²⁸.

a) *Lucha de clases.*

León XIII, en R. N. no sólo alude al socialismo como doctrina que predica la lucha de clases, sino que hace alusión igualmente a los desórdenes por entonces provocados. Aludamos brevemente a algunos de estos hechos para darnos cuenta de la gravedad de la situación social de aquel momento.

En Francia²⁹ crece el movimiento de organizaciones obreras a partir de 1840, pero ya en la insurrección del 23 al 26 de junio de 1848, poco después de la revolución que destronó a Luis Felipe, tales fuerzas son diezmadas: son hechos prisioneros 11.000 insurrectos, obreros en su mayoría, y deportados o encarcelados más de 4.000 de ellos. Obreros por lo general, hartos de bellos discursos, pero ineficaces.

De nuevo, 1860, con el emperador Luis Napoleón, renace la esperanza de las clases proletarias. El emperador al perder el apoyo de numerosos industriales por el tratado del libre cambio, trata de apoyarse en los obreros. Pero la política es de tolerancia, y con muchas suspicacias, sin un abrirse franco a las exigencias. Las huelgas son numerosas, terminando las más de las veces en revueltas sangrientas contra las tropas. La revuelta de «La Commune», en 1871, aunque no fuera provocada directamente por los obreros, tiene un carácter marcadamente social y son los obreros sus principales víctimas. Por segunda vez la burguesía ha ahogado en sangre los deseos de emancipación de las clases obreras.

²⁶ G. THOREL, *Op. cit.*, p. 16.

²⁷ *Encyclopaedia of the social Sciences*, vol. III, p. 539.

²⁸ Cfr. DOLLEANS.

²⁹ Cfr. GUERIN.

En Inglaterra basta recordar la huelga de los obreros portuarios, en número de 250.000, desde el 13 de agosto al 16 de septiembre del 1889, en la que la intervención felicísima del Cardenal Manning, poniendo fin a tan grave calamidad, mereció la felicitación personal de León XIII ³⁰.

En Estados Unidos, por mostrar también tensión del mal en el otro continente, no era mejor la situación. Se sucedían las huelgas y las revoluciones. La huelga de los mineros de Pensilvania oriental; la «huelga larga» sostenida por los Molly Maguires, terminada con la condena de 24 huelguistas, diez de ellos a la horca por crímenes cometidos; la huelga de los ferrocarriles en 1877. En Baltimore los huelguistas habían bloqueado los trenes e incendiado la estación; la tropa había abierto el fuego y se contaron nueve muertos. En Pittsburg la guardia nacional había simpatizado con los huelguistas, pero la tropa regular hizo frente: los insurrectos incendiaron el depósito de locomotoras: veinticinco muertos. Y mientras tanto los capitalistas, apoyados por una vieja ley de 1864 importaban mano de obra extranjera, mediante la «Compañía americana de Inmigración»: más de medio millón en 1880, y más de cinco millones en el decenio siguiente. Estos obreros, que aumentaban la clase proletaria americana, eran llamados los «kroumirs» o destructores de huelgas ³¹.

Tal es el panorama que se ofrece a los ojos de León XIII cuando tiende su mirada por el mundo que le circunda poco antes de publicar la R. N., una clase nueva y una lucha despiadada de clases, condicionadas por multitud de factores económicos, políticos, sociales, culturales y religiosos.

Las etapas de la evolución, tanto del movimiento obrero como de la lucha de clases, se pueden reunir con Kothen en los puntos siguientes:

- origen del problema en la miseria de los trabajadores.
- reacciones violentas contra la cerrazón egoísta de los empresarios capitalistas y la violencia de la industrialización.
- idealismo generoso en los comienzos, perturbado luego por las ideologías socialistas.
- masas progresivamente organizadas, a medida que cobran conciencia de su situación y que gozan de la libertad sindical.
- aumento de fuerzas de estas unidades nacionales por las organizaciones de carácter internacional.
- ambiciones políticas que, repasando el terreno de lo profesional, matizan la lucha con nuevos intereses y violencias ³².

Es de comprender la angustia del Papa ante la extensión y la magnitud del problema que la lucha de clases presentaba hacia finales del siglo XIX. Porque, como señala acertadamente Alberto de Mum, «las diversas mani-

³⁰ H. HEMMER, *Vie du Cardinal Manning*, p. 411; G. Guittou, 1891 *Une date* pp. 56-57.

³¹ FOSTER R. DULLES, *Storia del Movimento operaio americano*, p. 104 ss.

³² R. ROTHEN, *Op. cit.*, p. 66.

festaciones del perpetuo conflicto entre pobreza y riqueza, entre fuerza y debilidad, han sido en los siglos pasados sólo accidentes, más o menos duraderos, de la vida de los pueblos. Únicamente el siglo XIX los ha visto llegar a ser el fondo mismo de su historia, y el interrogante que plantean se nos ha presentado en nuestros días, por encima de todos los problemas políticos, como aquél del que depende el porvenir mismo de las naciones»³³.

III. DOCTRINA DE LA R. N. Y ESQUEMAS PREPARATORIOS SOBRE LA LUCHA DE CLASES

1. ESTRUCTURACIÓN DE LA R. N. EN FUNCIÓN DE LA LUCHA DE CLASES

La encíclica R. N. fue escrita, como apuntamos al comienzo, teniendo presente la grave situación social que la lucha de clases había creado al correr del siglo XIX. Era, pues, lógico que encontrásemos en la R. N. una estructuración que respondiese a los múltiples problemas que el nacimiento del proletariado industrial y la subsiguiente lucha de clases, animada por las doctrinas socialistas, suscitaban. Y así ocurre de hecho³⁴.

La encíclica comienza haciendo una descripción general de la situación y de su gravedad:

Dos soluciones se ofrecen. La primera viene propuesta por los socialistas; predicando precisamente la lucha de clases, y la negación de la propiedad privada, que la encíclica se preocupa de refutar ampliamente. La segunda solución, o conjunto de soluciones a los delicados problemas que en múltiples aspectos presenta la lucha de clases, constituye precisamente el primer programa de doctrina social de la Iglesia. Este programa abarca tres grandes capítulos: el que se refiere a la misión de la Iglesia misma; el que trata de los deberes del Estado; y el que estudia la función de las organizaciones obreras.

Esta estructuración de la R. N. en función de la lucha de clases se nos hace aún más patente cuando recordamos el conjunto de factores que provocaron el nacimiento de la nueva clase proletaria y la misma lucha de clases. Como fruto de la doble revolución, económica ideológica, un maquinismo, sostenido por un materialismo devastador; un liberalismo individualista informando las nuevas aglomeraciones industriales; y una pobreza creciente ante un egoísmo avasallador, fruto del laicismo descristianizador, que ha privado al hombre de los nobles sentimientos de la caridad. Pues bien, frente a tal situación será misión de la Iglesia predicar los deberes de justicia y de caridad cristiana que, venciendo tal egoísmo descristianizado, venga en auxilio de la indigente situación obrera; el Estado, por otra parte,

³³ A. DU MUN, *Op. cit.*, p. 24.

³⁴ Citaremos los párrafos de la R. N. y esquemas preparatorios conforme a la división de ellos hace MONS. ANTONAZZI, *Op. cit.*

deberá vigilar la organización del creciente desarrollo industrial y defender la propiedad privada de los ataques del materialismo socialista; las organizaciones obreras, en fin, deberán poner fin a la calamitosa desarticulación de las masas proletarias, superando el individualismo liberalista. La triple problemática, tanto desde su punto de vista económico, como desde el punto de vista ideológico, halla respuesta adecuada en los tres capítulos que constituyen la solución de la encíclica a la gravísima situación creada por la lucha de clases en el seno de la sociedad.

Pasemos ya al análisis más preciso de los párrafos que nos interesan...

2. PLANTEAMIENTO GENERAL DEL PROBLEMA

A) *El conflicto. Su gravedad.*

Las graves agitaciones del momento presente arrancan del maquinismo, comienza afirmando la encíclica. Todo ello ha sido causa de nuevas relaciones industriales y de un crecimiento desproporcionado de la riqueza en manos de pocos, extendiéndose la pobreza de la multitud.

Tal estado de cosas, ha creado en la clase obrera la conciencia de su propia fuerza y de una mayor unión que, uniéndose a una perversión de costumbres han desatado la lucha de clases (R. N. 15).

Este inciso sobre la perversión de costumbres entre los obreros, no lo encontramos ni en la E. ni el texto italiano que sirvió de base a Z. Se ve que es de último momento. Notamos aquí, inmediatamente, algo que será característico de la R. N.: la moderación que trata todos aquellos pormenores que pudieran ser hirientes para alguna de las clases en lucha. Basta apuntar el mal, sin insistir en una descripción desagradable. El esqueza de Zigliara en su primera redacción acentúa aún algo más.

La dificultad misma del conflicto viene agravada por la presencia de otros factores, como lo arduo de delimitar los derechos y deberes en las relaciones entre ricos y pobres. A ello se une la presencia de agitadores políticos, que arrastran sediciosamente a las multitudes. Más adelante la R. N. identificará tales agitadores con los socialistas mismos.

Como apunta acertadamente Veggian³⁵, al comienzo de la R. N., insistiendo sobre la dificultad y gravedad de la situación social, parece aprobar, al menos en general, las críticas de los socialistas y los «social católicos» de aquel tiempo a las condiciones económicas contemporáneas. Mas inmediatamente la encíclica se encargará de desmentir tal impresión, condenando claramente las doctrinas socialistas. La R. N. no cerró los ojos a la difícil situación y la describió con serena objetividad.

León XIII, hablando a los miembros de los Círculos Católicos de Francia sobre los agitadores que promueven la lucha de clases, les decía el 24 de febrero de 1885: tales agitadores «engañan a los obreros con vanas promesas; los halagan exaltando sus derechos sin hablarles jamás de sus debe-

³⁵ VEGGIAN, *Op. cit.*, pp. 318-319.

res; excitan en sus almas el odio contra los propietarios y los ricos»³⁶. Los párrafos de la encíclica antes citados, mostrándonos la dificultad del problema precisamente por la presencia de agitadores y por lo arduo de delimitar los deberes y no sólo los derechos de pobres y ricos, nos parecen eco de estas ideas. Encontramos estos ecos, más claramente aún, en otros párrafos de la encíclica, mostrándonos la presencia personal e inmediata de León XIII en toda su elaboración.

Esta descripción de la situación que provoca la lucha de clases se concluye con un cuadro del miserable estado en que se encuentran los obreros, sobriamente descrito en R. N.

B) *Causas particulares de esta situación.*

Y la primera de todas en ser señalada, en la supresión de las antiguas corporaciones de artesanos, sin nada que las sustituya y permita la sana cohesión de los obreros.

El mal aumenta por la «usura voraz», ya condenada por la Iglesia, y ejercida ahora bajo nuevas formas.

La lucha de clases encuentra un tercer incentivo en la desproporción existente entre la extrema riqueza de algunos y la extrema pobreza de otros. Ya Ketteler profetizaba el conflicto. «Los que poseen y los que no poseen, escribía en 1848, se alzan como enemigos, los unos contra los otros; la pobreza crece terriblemente de día en día. El derecho de propiedad ha perdido sentido en la conciencia popular y vemos levantarse de cuando en cuando, acá y allá, como llamaradas, fenómenos precursores de un cataclismo universal que se avecina»³⁷.

3. SOLUCIONES

A) *La socialista.*

El socialismo, afirma Pío XI, fue el principal enemigo con el que hubo de enfrentarse León XIII³⁸. Y esto, desde el principio de su pontificado.

Porque esta es la solución del socialismo, «abolir las posesiones privadas de los bienes, una vez excitada la envidia de los pobres contra los ricos». La permanencia del tema a través de los diferentes esquemas es clara. Tan clara como la finalidad perseguida por el socialismo al excitar la lucha de clases. Una lucha, añade inmediatamente la encíclica, que no sólo es injusta, sino que daña al obrero mismo.

En la encíclica *Quod apostolici muneris*, del 28 de diciembre de 1878, señala León XIII el peligro del socialismo como atentado contra los fundamentos de la sociedad civil y de la justicia natural³⁹.

³⁶ T'SERCLARES, *Op. cit.*, p. 101.

³⁷ KETTELER, *Op. cit.*, Erste Predigt: «Die christliche Idee vom Rechte des Eigentums».

³⁸ *Quadragesimo Anno* AAS 23 (1931), p. 212.

³⁹ A. TORRES, *Diccionario de textos sociales pontificios*, «Socialismo» núms. 1, 3, 6, pp. 1010-1011.

B) *La católica.*

Si llamamos verdadera a la solución que el Pontífice propone, no pensamos que sea verdadera porque haya tomado, como algunos piensan o critican, una «postura media» entre el liberalismo y el socialismo. En modo alguno. La doctrina de la Iglesia no amalgama estos dos errores en una síntesis intermedia, sino que los trasciende⁴⁰. Como el mismo texto de la R. N. afirma, «la Iglesia extrae sus doctrinas del Evangelio», superando ya en su origen mismo cualquier otro sistema social. Pero la doctrina social de la Iglesia que León XIII expone, precisamente porque debe ser social, tiene necesidad de elementos (sindicales, estatales, del derecho de propiedad) que entran también en los otros sistemas sociales, tanto el liberal como el socialista. Pero el aliento es muy diverso. Ya la construcción, por consiguiente, aun sirviéndose de los mismos elementos —los mismos, materialmente, pero no formalmente, precisando con términos escolásticos— es algo totalmente distinto. Se nota desde el comienzo, con el hecho mismo de que a la base de toda ordenación de la sociedad la R. N. coloca, como fundamento indestructible, la labor misma de la Iglesia. En esta acción inmediata de la Iglesia encontramos la doctrina pontificia que más directamente atañe a la lucha de clases.

a) *Misión de la Iglesia.*

Se puede reducir a tres puntos: explicar la división de las clases sociales, predicar los deberes de justicia, entre las diversas clases, y, sobre todo, recomendar las obligaciones que dicta la caridad.

Naturaleza y división de las clases.

Ante la diferencia de las clases sociales lo primero que debe pedirse es la paciencia, para soportarla. Tiende a levantar inmediatamente la mirada para buscar en el Ordenador mismo de la naturaleza el motivo último que ha permitido la presente situación. Porque es inútil, añade inmediatamente la encíclica, querer ir *contra rerum naturam*, como pretenden los socialistas en este punto preciso.

La naturaleza misma ha establecido en los hombres una gran variedad de cualidades en la inteligencia, la habilidad, la fuerza, la salud, de la que se origina la desigualdad de condiciones. (E, R. N. 560-566). En C, Z' 1175-1184 encontramos una argumentación semejante. Ambos añaden un texto de Santo Tomás (*De regimine principum*, lib. IX, cap. 9), en que entra en juego la divina Providencia para probar el estado de cosas. Tanto esta cita como la afirmación de Z' 218 en que explícitamente se dice que «e tutto opera della Providenza divina» han desaparecido en la R. N.

Mientras que la R. N. da por supuesta la división de la sociedad en dos

⁴⁰ J. VILLAIN, *L'Insegnamento sociale de la Chiesa.*

clases, y se contenta, como hemos visto, con señalar la causa del hecho, los otros esquemas preparatorios comienzan el capítulo que se refiere a la división de las clases sociales por definir los términos de la misma.

Esta desigualdad de clases es para beneficio de todos, pues permite la diversidad de funciones sociales en servicio del bien común. (E, R. N. 567-573; C, Z' 1153-1159).

Estas enseñanzas tocante a la diversidad de clases nos parecen eco de anteriores encíclicas del mismo León XIII: *Quod Apostolici Muneris, Humanum genus* por ejemplo⁴¹.

Aún en *Graves de communi*, del 18 de enero de 1901, vuelve a tocar León XIII el problema de la división de las clases sociales al hablar de la democracia cristiana, pero de una forma más indirecta. El canónigo Tiberghien estudiando la terminología empleada por León XIII en esa encíclica —habla de «gradus ordinum», «ordines superiores et inferiores», «disparis ordines», «disparis tueantur ordines», tratando de las clases sociales— apunta que el vocablo «dispar», aquí tan usado, tiene en el latín clásico el significado de «diverso» pero no de «desigual»⁴². Diversidad en función de la misión social, sin desigualdad básica cuanto al fin común y a la naturaleza misma. En todo caso, la doctrina es permanente: nada diferencia a los hombres en cuanto a lo esencial, aunque el orden mismo de la naturaleza imponga la distinción en lo accidental.

Y la enseñanza luminosa prosigue. El error capital está en el creer que las dos clases son enemigas una de la otra, como si la naturaleza hubiera armado a los ricos y a los pobres para que combatesen mutuamente en un duelo obstinado. La verdad está en el polo opuesto. (E, R. N. 599-603). Es un párrafo propio únicamente de la redacción definitiva. Las dos clases, en efecto, se presentan como complementarias, de modo análogo a la complementariedad de los miembros en el cuerpo humano. Las dos se unen y se reclaman mutuamente: «non res sine opera, nec sine re potest opera consistere» (E, R. N. 604-613; C, Z' 1168-1174). En la E, R. N. 614-616, esta unión de las clases sociales viene señalada como causa, además, de la armonía y del orden social: «Concordia gignit pulchritudinem rerum atque ordinem: contra ex perpetuitate certaminis oriatur necesse est cum agreti immanitate confusio».

El «armonioso equilibrio» de las diferentes partes del organismo social queda bien delimitado como el fin preciso a que debe tender la colaboración de las diversas clases sociales. En manera alguna rige el determinismo social que lleva a la lucha de clases, como clamaba el socialismo. El conflicto entre las clases no es ni un bien, ni una necesidad para el desarrollo de la sociedad. Tal podría ser la conclusión del párrafo de la encíclica reseñado.

La R. N. añade inmediatamente que para alejar la lucha de clases, que

⁴¹ AAS 11, p. 372; T. D. N. 12; cfr. T. D., núms. 11 y 15.

⁴² TIBERGHIEU, *Diversité...*, p. 266.

era sin embargo la realidad social de aquel entonces, y para señalar en sus mismas causas, la Iglesia posee instituciones de poderosa eficacia: «mira vis est institutorum christianorum, eaque multiplex». Ante todo la encíclica, un cuerpo de verdades religiosas, de las que la Iglesia es guardiana e intérprete, capaces de reconciliar y reunir a ricos y pobres. Estas verdades recuerdan a las dos clases sus mutuos deberes, poniendo en primer lugar los que dimanar de la justicia.

Mons. T'Serclares comenta oportunamente que la «Iglesia ha recordado siempre a los cristianos con más gusto sus deberes que sus derechos. Predicando al rico el deber de la caridad, al pobre el de la paciencia, y a los dos el de la justicia, ella obtiene el restablecimiento del orden más segura y más suavemente que los agitadores, cuya única preocupación es la de exaltar sobre medida el sentimiento más o menos razonado del derecho. Las enseñanzas de León XIII han estado inspiradas siempre por este espíritu del deber, que es el espíritu del cristianismo»⁴³.

Los deberes de justicia.

Este tipo de deberes tiene como fin inmediato el hacer cesar la lucha entre las diversas clases. Los deberes de caridad, que reseñará inmediatamente, tenderán más bien a estrechar los lazos de unión entre esas mismas clases.

La doctrina de estos párrafos es propia y exclusiva de la R. N. y de su inmediato esquema anterior E. Señala en primer lugar a los obreros el deber que tienen de proporcionar íntegra y fielmente el trabajo que se han comprometido a realizar y de no dañar a sus patronos ni en sus bienes ni en sus personas. Las reivindicaciones mismas deben estar exentas de violencia, sin revestir jamás formas sediciosas, por lo que deben evitar aquellos hombres perversos que, con discursos artificiosos, les inducen a esperanzas exageradas y les hacen grandes promesas que sólo conducen a estériles arrepentimientos y a la ruina de las fortunas (E, R. N. 626-639). De nuevo, como al tratar del socialismo, al que también alude ahora, el documento señala el peligro mismo que la revolución engendra para el obrero, descartada la falsedad de sus doctrinas.

Más extensamente se exponen los deberes de justicia de los patronos, como propios de aquéllos que mayor responsabilidad tienen en el estado de cosas existentes. (E, R. N. 640-681). Deben evitar todo género de abusos, no tratando al obrero como a esclavo, ni, menos aún, como instrumento de lucro, estimulándolo en relación al vigor de sus brazos. La encíclica alude claramente a la situación del trabajo manual contemporáneo. Los patronos deben, luego, preocuparse de los intereses espirituales del obrero en sus diversos órdenes. Y, entre los deberes principales, están obligados a pagar el salario que les es debido a los obreros.

⁴³ T'SERCLAES, p. 103.

Los deberes de caridad.

La amistad, como hace poco hemos notado (E, R. N. 688), es el primer paso por el que la caridad tenderá a unir las dos clases que se encuentran enemistadas. Una amistad que se funda en la comunidad de destino sobrenatural a que los hombres están llamados (E, R.N. 689-706) y en la común redención que Cristo ganó para todos los hombres (E, R. N. 707-730).

La R. N. precisa luego estos deberes que impone la caridad, al exigir la amistad entre las dos clases. El primero es el deber de la limosna. No entramos en su estudio detenido. Señalamos sólo que en E, R. N. 731-783 es mucho más inteligible el tratadito sobre la limosna, dado que viene precedido de unas serias consideraciones sobre el sentido de la caridad cristiana.

Como en otros momentos de la R. N. la doctrina sobre el deber se complementa con una consideración del espíritu que debe animar tal deber: en nuestro caso, el amor a los pobres por amor a Jesucristo que se hizo pobre. El mismo y nos dio ejemplo de cómo debemos amarlos.

b) *Misión del Estado.*

Si la misión de la Iglesia tendía principalmente a corregir los defectos que el laicismo liberal, desprovisto de la caridad sobrenatural, había introducido en la sociedad, provocando la extensión exagerada de la pobreza, que lleva a la lucha de clases, el Estado, por su parte, debía tener como misión específica la de organizar social y económicamente la nueva estructuración de la sociedad instaurada por el maquinismo.

Por aquel entonces, los deberes del Estado y las relaciones entre la Iglesia y el Estado en favor de la clase obrera, tomaban cuerpo en el Congreso de Berlín (15 de mayo de 1890). Este Congreso, reunido por Guillermo II, se debió a la iniciativa personal de M. Gaspard Decurtins, prestigioso católico suizo, a quien León XIII se apresuró a felicitar por medio de Mons. Jacobini, nuncio entonces en Suiza⁴⁴. El congreso se reunía en un momento oportuno, dado el auge del maquinismo, y tendía a crear un código internacional del trabajo, en el que se regulasen el trabajo de niños y mujeres, se redujesen los horarios, etc... El programa mereció los elogios del Cardenal Manning⁴⁵. El mismo P. Liberattore, en el primer esquema de la encíclica, alude calurosamente a esta conferencia (L, 164-179), sobre la que había escrito dos artículos en la *Civiltà Cattolica*⁴⁶. Sin embargo, ningún eco encontramos de estos sucesos en la R. N. El hecho fue llamativo. La causa, según Mons. T'Serclaes, se debió a la desilusión de León XIII ante los resultados obtenidos en tal Conferencia⁴⁷.

⁴⁴ MOURRET, *Op. cit.*, p. 408.

⁴⁵ T'SERCLAES, *Op. cit.* pp. 58-63.

⁴⁶ *Civiltà Cattolica* del 19, II, 1890, pp. 558-561; del 5, III, 1890, pp. 694-697.

⁴⁷ T'SERCLAES, p. 117; cfr. MOURRET, *Op. cit.*, p. 408.

Al exponer la misión del Estado en orden a la pacificación de la lucha social, la R. N. recuerda que la clase obrera es un miembro del cuerpo social y un factor de prosperidad. Bajo otro punto de vista se expone la división de la sociedad en clases sociales: la exige la diversidad de oficios y funciones sociales, de las que se deriva la diversa participación en el bien común material.

Por lo que a la lucha de clases toca, se exponen algunos casos particulares de intervención del Estado. Tal, el de las huelgas: «piaga sanguinante dell 'industria». (L 184-190; C, Z' 1408-1421; E, R. N. 1288-1302). Es conocida la violencia que entonces profesaban los huelguistas. Todos los textos están conformes en señalar la extrema gravedad que entonces tenían las huelgas y la necesidad de que el Estado las previniese. Para ello el Estado debe velar por los intereses materiales y espirituales de los obreros, y de modo especial por una justa distribución de los bienes. Es en este punto donde la revolución industrial ha producido mayores divisiones, y, consiguientemente, las más graves perturbaciones.

c) *Misión de las organizaciones obreras.*

Estas instituciones son los diversos modos de organizaciones obreras que, agrupando fuerzas dispersas, tiendan a hacerse justicia, por medios legítimos, ante el poder capitalista. Como bien apuntaba el Cardenal Gibbons, al tratarse de los «Knights of Labor», suprimir tales organizaciones sería convertir una lucha legítima y pacífica en «un foco volcánico, como el de Europa»⁴⁸. La Iglesia, en efecto, comprendió la aspiración obrera. Intentó infundirle las ideas de justicia y caridad, a fin que esta legítima tendencia a la asociación profesional no fuera contaminada por el socialismo.

La R. N. —vale la pena notarlo— omite los párrafos finales del esquema Z' y E 2008-2032, provenientes de Z' 754-766, en los que se exalta la conveniencia de oponer a las masas socialistas, masas de obreros católicos disciplinadas, de una manera pública, perseverante y enérgica. Igual moderación cuando, en textos paralelos, la Z' 2082-2085 afirma que las masas obreras constituyen las cuatro quintas partes de la sociedad, mientras la R. N. afirma solamente que se trata de «longe maxima multitudo» (897-890). No es una nueva lucha, cuantitativa, la que pretende la Iglesia al defender la conveniencia de organizaciones obreras católicas. Es una conquista por obra y gracia de la caridad.

IV. CONCLUSION

Del estudio realizado sobre la doctrina de la R. N. y sus esquemas preparatorios podemos sacar algunas conclusiones.

1. No se puede hablar de verdadera evolución doctrinal, ni menos de contradicción, a lo largo de la preparación de la encíclica, acerca de las causas, naturaleza y consecuencia de la lucha y diferencia de clases. Como

⁴⁸ T'SERCLAES, *Op. cit.*, p. 40.

tampoco existía discusión sobre el particular entre las escuelas sociales católicas contemporáneas.

Mons. Talamo señala que son tres puntos los que sirven de base a la disensión entre conservadores y progresistas de aquel entonces: la naturaleza del salario; la necesidad y oportunidad del Estado para tutelar los derechos o, al menos, ciertas reivindicaciones de los obreros; el tema de las organizaciones obreras puras o mixtas⁴⁹.

Pero si no se puede hablar de verdadera evolución doctrinal, sí que se ve clara una mejor estructuración de la encíclica R. N. sobre aquélla de los esquemas precedentes. Se advierte una elaboración y exposición de la doctrina más exacta y más moderna, que suponen una exquisita atención y una tenacidad admirables. Atención y tenacidad que fueron características de toda la obra de León XIII.

2. Porque aparece claro que fue la obra personal de León XIII la que moldeó la R. N. en su edición definitiva. En efecto, hay un progresivo y notorio mejorar de esquema a esquema, indicador de la vigilancia personal del Pontífice. En ciertas ocasiones queda el testimonio explícito de sus inmediatos colaboradores, Mons. Boccali o Mons. Volpini, como da a conocer Mons. Antonazzi. En otras se advierte el cuidado por corregir textos o expresiones que, ya por una tecnicidad impropia del documento, ya por una cierta dureza malsonante, pudieran limitar el valor de la encíclica.

Pero sobre todo, cuando se considera la permanencia doctrinal de algunos párrafos a través de la obra anterior y posterior del gran Pontífice, como hemos tenido ocasión de comprobar, se ve más claramente aún, a través de toda la encíclica, la personalidad de León XIII. Hacemos nuestras las palabras de Mons. Antonazzi, quien afirma que «aunque fueron muchos los redactores de la R. N., la unidad y la armonía de los conceptos y del estilo, inspirados y valorados paso a paso a través de los varios esquemas por la acción personal del Papa, es tal, que la más famosa de las encíclicas sociales no sólo lleva merecidamente la firma augusta de León XIII, sino que es, sobre todo, la genuina expresión de su pensamiento y el fruto de esforzada fatiga»⁵⁰.

3. Cabe señalar, finalmente, el realismo de la doctrina expuesta en la encíclica, valedera aún, no sólo en tiempos de la *Quadragesimo Anno*, como afirmaba Pío XI, sino en tiempos de Pío XII. Bastaría consultar atentamente los discursos del 24 de enero de 1946 y sus radiomensajes del 11 de marzo de 1945 o del 14 de septiembre de 1952⁵¹ para encontrar, como solución al problema de la lucha de clases, las mismas soluciones ya propuestas por León XIII, simplemente modificadas por las particularidades del momento presente.

CECILIO DE LORA, S. M.

⁴⁹ VEGGIAN, *Op. cit.*, p. 298.

⁵⁰ ANTONAZZI, *Op. cit.*, p. 12.

⁵¹ TORRES, *Op. cit.*, pp. 700-701.